CARLOS GOMEZ GALLO

PRIMER PREMIO ENSAYO
1988

La Heroica

Asociación Escritores del Interior

9/99.- Para mi hermano
Andrés, su esposa
e hijas, con mi más
profundo cariño.-

CARLOS GOMEZ GALLO

PRIMER PREMIO ENSAYO
1988

La Heroica

Montevideo



Asociación Escritores del Interior

• Agradecimientos

- AL CENTRO PROTECCION DE CHOFERES EN LA PERSONA DE SU PRESIDENTE SR. OHAMIES KOTOGIAN.

- A LOS FUNCIONARIOS-COMPAÑEROS DE SU TALLER GRAFICO.

- A LA ASOCIACION DE ESCRITORES DEL INTERIOR, POR SU PERMANENTE APOYO Y ESTIMULO AL ESCRITOR NACIONAL A LO LARGO DE SUS 25 AÑOS DE EXISTENCIA.

• Curriculum

CARLOS GOMEZ GALLO, escritor nacido en Montevideo.

Libros publicados: Poemario de "POETAS DE AQUI Y DE AHORA" editado en la Rep. Argentina en 1976. Ensayo "ARTIGAS-SAN MARTIN", editado en 1978 también en la Rep. Argentina.

Colabora en forma cooperativa, junto a 15 escritores uruguayos en la edición de "URUGUAY NARRATIVA" (A.E. D.I.) con el trabajo ensayístico "SEÑOR DE LA PAMPA: NUESTRO GAUCHO ORIENTAL" (1986), que mereció el 1er. Premio en su categoría en el Certamen Literario de la referida Asociación.

Obtiene por 2da. vez consecutiva el 1er. Premio en la misma categoría (1988) con el presente trabajo "LA HEROICA" en el certamen literario organizado por la misma Asociación.

En la actualidad comienza a incursionar en otros rubros (cuento y poesía).

Fueron seleccionados 2 cuentos para ser publicados en una edición auspiciada por el Instituto del Libro, ya en circulación.

Incursionará en "URUGUAY-POESIA 1989" con 7 poemas de su nueva etapa literaria.

Entre los premios ya mencionados cabe agregar Mención de Honor por Ensayo titulado: "SANGRE DE UN MISMO PUEBLO" en el Certamen Literario Círculo Correntino — Rep. Argentina (1977).

Obtiene por 3ª vez consecutiva (1989), el 1er. Premio en Cat. Ensayo en Certamen organizado por AEDI.

Se hace acreedor al 2º Premio en Poesía en el Certamen organizado por el grupo literario I.D.E.A.L. del Dpto. de Maldonado.

• Prólogo

La historia, con su mutuo entendimiento en el destino del hombre, encuentra una de sus mejores expresiones, en el ensayo "LA HEROICA".

Su autor, Carlos Gómez Gallo, nos conduce al pujante episodio, donde traspasa el pasado y al mismo tiempo, a las constantes del porvenir. Los hechos se van desenvolviendo, con la fidelidad, de la acertada ambientación, atento el autor, al lenguaje y a los personajes, en una búsqueda ***REAL****, enlazando las distintas alternativas con la convicción subyacente donde el quehacer histórico nunca es* ***VANO****.*

No hay una exclusión en el sentido del mensaje, presentado con elevada prestancia, como si nada de lo sucedido se hubiera consumado, y toda la historia volviera a comenzar. El sacrificio, unido a los altos ideales, en la mejor comprensión de ***PATRIA****.*

Con un equilibrado análisis emocional, aparecen los tintes dramáticos del hombre, sus virtudes, sus fracasos. Nos compromete su atmósfera; seguimos a esos hombres como historia viva, lacerante y nuestra.

¿Cómo podríamos detenernos?

Vamos convirtiéndonos en testigos.

Somos parte de la ciudad, donde sitiados y sitiadores combaten, superando su área geográfica, para penetrar en la verdadera mística del combate, y así como casi protagonistas junto con sus pobladores, recibimos las primeras alboradas de la batalla.

Un rico medidor maneja los acontecimientos, evadiéndose de la leyenda, se presentan, con su virilidad y coraje. Desde las descripciones, el uso de las imágenes, y ajustado paralelismo, aparece la raíz humanista que aflora en todo el relato.

En torno de Leandro Gómez, la serenidad del autor, le permite su verdadera identidad, que le corresponde en un retrato, más allá del clasicismo de las DIVISAS, en un marco atemporal, cualidad de héroe, el sentido del ser en el tiempo esencial.

En todo el transcurrir del gran momento histórico, donde los pueblos por medio de sus hombres hablan, en el palpitar humano.

Este estimable aporte valoriza al autor al evidenciar sus cualidades ensayísticas, en una empresa literaria de empuje y lealtad.

Como culminación del mensaje, un sentido de conducción, en una síntesis donde ubica a "LA HEROICA" en una historia que no se detiene, sino continúa.

—PROF. MIRTA BONILLA MONEGAL

Prólogo del autor

El presente trabajo no ha sido escrito con pretensión de erudición ni de original interpretación de los hechos que en él se relatan. Su material de información procede de fuentes éditas, algunas muy, y otras muy poco o casi nada conocidas.

Su propósito prioritario es dar a conocer al público en general, algunos aspectos de la sombría trama diplomática y política, en que se urdió este luctuoso episodio de avasallamiento de nuestra soberanía nacional y su denodada defensa, por un puñado de lúcidos y auténticos patriotas.

El episodio posee notorias connotaciones de actualidad, que no escaparán al menos avisado de los lectores. Sus causas y efectos son una constante de nuestra historia política y económica, toda ella signada, por una lucha defensiva contra los imperialismos tanto cerca como lejanos de nuestras fronteras, si bien

en nuestra época, con una generalizada miopía o complicidad con esos mismos imperialismos.

La lucha sigue, igual o peor. Estas páginas desean servir de estímulo, esperanza e impulso, para quienes en trances menos cruentos, pero no menos graves que los vividos por Leandro Gómez y los "Defensores de Paysandú" continúan el combate contra los enemigos, de fuera y de dentro, de nuestra soberanía nacional.

C.G.G.

• La Heroica

• APOYO PORTEÑO O MITRISTA

El episodio de la "Defensa de Paysandú" se halla inserto en el curso de la revolución promovida por el Gral. Venancio Flores, contra el Pte. Bernardo P. Berro entre los años 1863 y 1865; y ésta tiene su más próximo antecedente en los acontecimientos políticos ocurridos bajo el gobierno inmediatamente anterior. El 1º de marzo de 1856 había sido electo Pte. de la República, Gabriel A. Pereira cuya candidatura surgiera de un pacto político celebrado cuatro meses atrás entre los Grales. Venancio Flores y Manuel Oribe caudillos ambos de sus respectivos partidos. La conducta posterior de Flores y Oribe habría de demostrar el grado de sinceridad con que cada uno suscribiera aquel histórico pacto, que parecería asegurar, tanto para el presente como para el futuro, la paz del país reclamada por la gran mayoría de la opinión pública. A las pocas semanas de ser elegido el Pte. Pereira, el grupo de los "conservadores" reinició sus actividades conspiradoras, lo que

determinó el destierro a Buenos Aires de sus cabecillas, entre los que se contaba el Gral. César Díaz en cuya casa celebraban sus reuniones los conjurados. En tales circunstancias el Pte. Pereira comprendió que se hallaba frente a dos posibles soluciones: 1º) dejar la marcha de la política, librada a la influencia natural de los partidos que buscaban su cauce o 2º) presidir con energía los acontecimientos e imponer la política de "fusión" por decreto, como un imperativo de su gobierno. Sus arraigadas ideas, lo llevaron a seguir este camino, y desde ese momento Pereira entró a dirigir con toda decisión la política iniciada por el pacto de noviembre/855, cuyos firmantes quedarían en consecuencia desplazados. El propósito de éstos había sido no influir en el gobierno; Oribe y Flores aspiraban a apoyar su marcha. Pero no podían despojarse del prestigio y de la influencia que cada uno tenía en la opinión, la cual daba lugar para que hacia ellos afluyese siempre una cantidad numerosa de ciudadanos.

Tanto Oribe en la Unión y Flores en campaña, tenían su círculo que no era opositor al gobierno, que lejos de serlo lo apoyaba pero que en lugar de agruparse en su torno, lo hacía alrededor de aquellas figuras. El Pte. Pereira trató entonces de desligarse de la tutela política de ambos.

Casi todos los diarios de la época están contestes en que el mismo día de la elección, dirigió una carta política a dichos Grales., pidién-

doles que declararan que ellos no tomarían ingerencia alguna en la marcha gubernativa, y están de acuerdo también en que Oribe respondió concretamente que no intervendría y en que Flores mostró vaguedades en su contestación, según unos, o no contestó absolutamente, según otros. El primer empujón debía darse, pues, contra Flores y, efectivamente así lo hizo el Pte. Pereira. Pocas horas después de la toma de posesión del mando dictó un decreto dejando sin efecto las medidas militares adoptadas en diciembre del año anterior y entre ellas, la Comandancia de Armas que desempeñaba Flores. Al día siguiente se quiso paliar la destitución con el argumento de que el propio Flores había presentado renuncia con anterioridad. El rompimiento político estaba producido. Quedaba en pie Oribe. Estaba resuelto y era sólo cuestión de tiempo. Fue en tales circunstancias que el Gral. Flores se dirigió al Pte. Pereira para anunciarle su propósito de alejarse de la República y, a la Asamblea, solicitando la venia correspondiente, para hacerlo atento a que decía, sus enemigos esparcen la posibilidad de ser agente responsable de conmociones políticas, las que traerían inconvenientes inmensos y desgracias a la Patria. El Pte. contestó, que no le faltarían garantías para vivir en el país, y que las medidas adoptadas, por extraordinarias que fueran no le afectarían a él personalmente. No obstante estas seguridades, el Gral. Flores alejóse del país luego de obtenida la venia correspondiente, dirigiéndose a la Argentina. El choque con el Gral. Oribe se produjo a raíz de las eleccio-

nes parciales de senadores y representantes en noviembre/856, en que aquél prestó su apoyo personal a candidatos diferentes de las listas oficiales. El Pte. Pereira estaba resuelto a imponer sus propios candidatos, para lo cual había constituido en torno suyo un centro de opinión integrado por figuras de ambos partidos tradicionales, que habría de servir de base a un partido fundado al año siguiente con el nombre de "Club de la Unión". En la víspera de los comicios, el gobierno notificó al Gral. Oribe que se le "hacía responsable de cualquier alteración del sosiego público" al tiempo que adoptaba diversas medidas administrativas que habían de asegurar, como así ocurrió, el triunfo de los candidatos "del pueblo y del Pte. de la República". A partir de entonces Oribe se alejó de la escena política, retirándose a su quinta de Miguilete donde le sorprendió la muerte el 12 de noviembre de 1857, en vísperas de nuevas elecciones grales. de Senadores y Representantes a que los ciudadanos aprestábanse a intervenir reagrupados en nuevos partidos políticos. El primero en organizarse fue el antes mencionado "Club de la Unión" partidario de la política "nacional y fusionista" del Pte. Pereira constituido entre otros por: de las Carreras, Vázquez Sagastume, Medina, Antuña, Joanicó Berro, Magariños, Palomeque, Hordeñana, etc. Frente a él se constituyó el "Club de la Defensa" a instancias de la propaganda desarrollada por Juan Carlos Gómez desde las columnas de "El Nacional" donde al tiempo que atacaba violentamente al

gobierno, intentaba la resurrección de antiguos revolucionarios, contrarios a la política de fusión del Pte. Pereira, aunque no levantaban candidatura alguna. La lucha electoral hizo crisis el 31 de octubre de 1857. Para el día siguiente estaba anunciada una reunión pública de los revolucionarios en el teatro San Felipe, la cual, fue precedida de una violenta propaganda antigubernista desde "El Nacional", que buscaba ostensiblemente promover la revolución antes de llevarse a cabo las elecciones. El gobierno, por decreto de aquella fecha, suscrito por los Ministros Joaquín Requena, Lorenzo Batlle y Carlos San Vicente, resolvió prohibir no solamente aquella reunión sino "toda otra en que se levantase la bandera de cualquiera de los antiguos partidos". Horas más tarde era aprehendido y desterrado a Buenos Aires, Juan Carlos Gómez, junto con otros varios ciudadanos del grupo "conservador". A ellos habría de unírsele pocas semanas después el Gral. César Díaz, quien vuelto a la patria luego de su destierro en marzo del año anterior, había reanudado sus actividades revolucionarias contra el gobierno de Pereira, siendo objeto de nueva expatriación a Buenos Aires, a mediados de diciembre/857 junto a varios jefes y oficiales y redactores de diarios de la oposición. Entre estos elementos, constituyóse en la vecina orilla, un centro de actividades revolucionarias contra el Pte. Pereira, cuyos trabajos en tal sentido, serían apoyados por los adictos al nuevo Gobernador de Buenos Aires don Valentín Alsina, organizados

en un partido llamado "liberal". A éste partido hallábase intimamente ligado Juan Carlos Gómez, quien desde las columnas de "La Tribuna" bonaerense había sido pocos meses antes de su venida a Montevideo, factor fundamental del triunfo del referido gobernador. No extraña entonces, que el propio gobierno de Buenos Aires no se diera por enterado de los trabajos revolucionarios de los exiliados orientales, cuyo jefe militar era el Gral. Díaz y Juan Carlos Gómez su mentor intelectual. Era tan pública y notoria esta tolerancia de las autoridades bonaerenses con dichos trabajos que pocos días antes de partir de aquella ciudad la expedición encabezada por César Díaz nuestra cancillería había denunciado al Cónsul argentino en Montevideo los preparativos revolucionarios en todos sus detalles. "Invocando la notoriedad de esa ayuda, expresa Acevedo, el gobierno de Pereira cerró los puertos orientales a las procedencias de Buenos Aires, y se dirigió a las Cancillerías de Brasil y de la Confederación Argentina (presidida por Urquiza), para requerirles el cumplimiento de los tratados de 1828 y 1856, obteniendo que ambos gobiernos, —decía en su mensaje a la asamblea—, se apresuraran no solo a ofrecer, sino a poner en práctica e inmediatamente a su disposición, numerosos elementos bélicos de toda especie, capaces de concurrir en un momento dado y de una manera eficaz al aniquilamiento de aquella rebelión vandálica, imprudentemente fomentada, organizada y auxiliada, por elementos venidos de Buenos Aires. La Expedición de César Díaz epilogó trá-

gicamente en el paso de Quinteros el 28 de enero de 1858 con sacrificio de las vidas de sus jefes y oficiales luego de su derrota, conjuntamente con un centenar y medio de soldados. Y fué precisamente la bandera levantada cinco años más tarde por el Gral. Flores al iniciar, en abril de 1863, su revolución contra el Presidente Berro: combatir a los que habían "aplaudido o continuado los escándalos originarios de la bárbara hecatombe de Quinteros". ¿Y cual había sido la actitud de Flores cuando ocurrieron estos sucesos? Retirado en Entre Ríos, regresó inopinadamente a Montevideo, al producirse la muerte de Oribe en noviembre de 1857. Se hallaba al servicio del gobierno de Buenos Aires en su lucha contra la Confederación Argentina, cuya presidencia ejercía el general Urquiza; en tales circunstancias cúpole al guerrillero oriental una principalísima actuación en las batallas de Cepeda (23 de octubre de 1859) y de Pavón (17 de setiembre de 1861) junto al Gral. Mitre —ministro de Guerra primero, y gobernador después, de la Provincia de Buenos Aires—, quien mandaba las tropas de esta última en ambas acciones. La victoria de Pavón obtenida por Mitre sobre las fuerzas de Urquiza, en la que Flores tuvo decisiva participación, exaltó a aquél al gobierno nacional; y selló la estrecha colaboración personal entre el mandatario argentino y el jefe oriental, que habría de tener hondas repercusiones en la vida política de nuestro país en los años inmediatos. Un año y medio después del desenlace de la guerra civil argentina el Gral. Flores invadía nuestro territorio, el 19 de abril

de 1863, en armas contra el gobierno del Pte. D. Bernardo P. Berro iniciando así la llamada "Cruzada Libertadora". ¿Cual podía ser el programa de la invasión contra un gobierno que respetaba todos los derechos, que impulsaba vigorosamente el desarrollo de todas las fuentes de la producción nacional, y que administraba los caudales públicos con una escrupulosidad jamás igualada En su proclama del 20 de abril de 1863 formulaba así el Gral. Flores su único capítulo de agravios contra el gobierno de Berro: "Las puertas de la patria que os había ce-
" rrado la tiranía, se han abierto y vamos a li-
" berar a nuestros compatriotas de los vejámenes
" que sufren. Nos hemos armado en su suelo
" para combatir al gobierno de los déspotas que
" vencidos, siempre han aplaudido y continua-
" do los escándalos originados en la hecatombe
" de Quinteros". Era pués, una revolución sin programa político concreto, con predominante acento partidario y revanchista. Esta guerra civil entre orientales, estaba destinada a convertirse en un conflicto internacional por la conmixtión de intereses políticos de la Argentina y del Brasil. Desde un principio contó con el indisimulado apoyo moral y material del círculo político y oficial del presidente argentino Gral. Mitre, así como de las autoridades brasileñas de Río Grande, lo que promoviera no pocos graves incidentes diplomáticos entre nuestro gobierno y el de los países limítrofes. Finalmente la intervención oficial armada del Imperio de Brasil en nuestro territorio, sin declaración formal de

guerra, no hizo sino confirmar el carácter internacional que tuvo de un principio la lucha armada en suelo oriental; dicha intervención vino a decidir el triunfo de la revolución florista, sellando luego el gobierno imperial con el jefe revolucionario un pacto de vencedores, lesivo de nuestra soberanía y de nuestros intereses nacionales. Es hoy cuestión admitida sin mayores discrepancias, el apoyo prestado a la revolución de Flores por el círculo político del Pte. General Bartolomé Mitre — su antiguo camarada de armas en los campos de Cepeda y de Pavón. No obstante la política de estricta neutralidad seguida por el presidente Berro frente al desarrollo de la última guerra civil en la Argentina epilogada en los campos de Pavón. De algún tiempo antes de la invasión de Flores, la prensa de Bs. As. —unitaria en su mayoría— no cesaba de señalar la conmixtión de intereses entre los partidos políticos de aquende y allende el río. De lo expuesto se infiere que para la prensa oficial bonaerense, u oficiosa de entonces, la revolución de Flores era un episodio de la historia argentina, mejor diríamos de las Provincias Unidas cuya reconstrucción se ha visto, formaba parte de los sueños más o menos utópicos de la época, como fueran también las ambiciones más o menos desembozadas del federalismo rosista veinte años atrás. Eso explica el apoyo moral y material prestado por autoridades oficiales de Buenos Aires y del litoral argentino a la revolución florista, denunciado en su momento por el gobierno oriental y posteriormen-

te reconocido y confesado por algunos de los más destacados actores de entonces pertenecientes al círculo político y gubernamental del presidente Mitre. Pero, para quien conozca la historia de ambos países platenses en casi el transcurso del siglo pasado, el hecho no puede ser motivo ni de asombro ni de recriminación: con ligeras variantes se repite en casi todas las revoluciones orientales preparadas en suelo argentino, desde la promovida por Lavalleja en 1834 contra el presidente Rivera, hasta la del Quebracho de 1886 contra el presidente Santos. Es, así bien se mira, el efecto continuado de la empresa histórica que por espacio de casi medio siglo habían compartido argentinos y orientales. Por obra de un encadenamiento natural e ineluctable de los hechos, la revolución florista, se vió sobrepujada a poco de su iniciación por nuevas interferencias extranjeras que habrían de desembocar, al cabo de dos años en la más sangrienta lucha entre naciones americanas habida hasta el presente: la "guerra del Paraguay" (1865-1870). Un mes antes de la invasión de Flores, tres respetables estancieros brasileños de Salto, —don Francisco Modesto Franco, don Manuel Vicca y don Paulo Vicca— se dirigieron al general Diego Lamas, comandante militar al norte del río Negro, y a la legación imperial en Montevideo denunciándoles la existencia en Río Grande, sobre el Ibicuí, de grupos armados compuestos de orientales y brasileños. Agregaban que según algunos de los rumores circulantes, esos grupos se disponían

a emprender una "california" o robó general de ganados, y según otros a reunirse con el Gral. Flores, a quien esperaban por momentos. La cancillería oriental se apresuró a trasmitir la denuncia a la legación del Brasil, y por ésta, luego de recabar informes del brigadier Canavarro (comandante brasileño de la frontera del Quarahim), declaró que no había tales reuniones en la frontera. Quince días después se producía, sin embargo, el denunciado avance de los grupos fronterizos y nuestra cancillería volvía a dirigirse a la legación para adjuntarles las nuevas denuncias. No obstante las mismas, concretas, de los tres estancieros brasileños trasmitida a la legación —decía en su nota— la invasión se produjo, y no solo a través de la parte despoblada de la frontera, sino, desde la misma plaza pública de Uruguayana, donde los invasores se reunían públicamente. Dándose la mano esos grupos con los de Corrientes, provincia argentina, salvaron el Uruguay para caer juntos sobre el territorio oriental, se apoderaron violentamente, a manera de salteadores, de los pueblos de Santa Rosa y San Eugenio. Ya al formular su protesta, llamó la atención el gobierno oriental acerca del poco crédito que debían merecer los informes del brigadier Canavarro, sino connivente, al menos criminalmente tolerante. No se trataba de un salteamiento aislado. También en Santa Ana, dentro de la jurisdicción del brigadier Canavarro, se organizaban por militares brasileños, grupos invasores, sin que se hiciera

sentir de parte de las autoridades, medidas eficaces de neutralidad.

Las fuerzas a las que se refería nuestra cancillería en sus notas eran las de los coroneles Fauto Aguilar y Simón Martínez, procedentes de Monte Caseros y Uruguayana, y las del sargento mayor del ejército brasileño Pedro Píriz y capitán Elías Fernández, organizadas en Santa Ana bajo la dependencia del coronel Goyo Suárez. En julio de 1863, estando el país conflagrado, invadió el coronel Fidelis. "Brasileños", decía en su proclama, "es tiempo de correr a las ar-
" mas y despertar del letargo en que vivís, a
" pesar de una serie no interrumpida de hechos
" horrorosos cometidos por una horda de ase-
" sinos y perturbadores del orden del estado
" limítrofe, con manifiestos perjuicios de nues-
" tras propiedades e intereses. ¡Viva la religión
" católica! ¡Viva la constitución política del es-
" tado! ¡Vivan nuestras leyes e instituciones! ¡Vi-
" va el bravo general libertador!" Este último ¡Viva! iba dirigido al general Flores, quien venía a convertirse así, para los numerosos jefes y soldados riograndenses que habrían de secundarlo en su empresa revolucionaria, en el defensor de las propiedades e intereses brasileños en nuestro territorio. Que existió el apoyo en hombres y armas a la revolución florista desde sus comienzos por parte de jefes y caudillos de Río Grande con la connivencia o tolerancia de las autoridades de dicha región, fué reconocido por el propio canciller del imperio, quien en nota del 22 de diciembre de 1863 dirigida al presidente de la provincia de San Pedro, así

lo establecía. Cabe destacar aquí la distinta conducta adoptada ante situaciones idénticas por la cancillería mitrista y la imperal. Frente a denuncias y reclamaciones semejantes de nuestro gobierno por el apoyo moral y material prestado a la revolución florista en el litoral argentino y en el mismo Buenos Aires, la cancillería bonaerense negaba o decía desconocer los hechos públicos y notorios señalados por el gobierno oriental, y bajo las más solemnes protestas de "neutralidad", no solamente nada hacía para reprimirlos sino que por el contrario, entorpecía todas las medidas adoptadas por nuestro gobierno para impedir el tráfico de hombres y de armas que a través del río Uruguay desde la costa argentina venían dirigidas a los revolucionarios. En cambio, la cancillería imperial no solo reconocía la "criminal y condenable conducta" de "algunos brasileños irreflexivos" que prestaban su apoyo y concurso a la revolución florista, sino que les hacía el gravísimo cargo de exponer al propio gobierno imperial a ser acusado de desleal en sus declaraciones solemnes de "neutralidad frente a la referida revolución". Y al mismo tiempo ordenaba al presidente de Río Grande emplear todos los medios a su alcance para impedir que los súbditos brasileños tomaran parte en la guerra civil oriental, y si fuese menester, "castigar con todo el rigor de la ley a los que, sordos a la voz de la razón y del deber, persistieran en su insensato propósito". Podría asegurarse que el gobierno imperial brasileño era sinceramente "neutral" en

aquel momento, y siguió siéndolo hasta comienzos de 1864, vale decir hasta el término del mandato constitucional del presidente Berro. Pero la actitud de neutralidad del gabinete imperial brasileño no podría durar mucho tiempo; factores internos y externos lo impulsarían a abandonar poco a poco aquella posición expectante, para intervenir decididamente en el pleito que se dilucidaba en nuestro territorio; haciéndolo primero por la vía diplomática y finalmente por la fuerza armada puesta al lado de la revolución contra el gobierno legal de la república. El pretexto de la intervención del imperio brasileño en la guerra civil oriental de 1863 a 1865 fué oficialmente formulado por intermedio de la misión encomendada en abril de 1864 al consejero don José Antonio de Saraiva como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante nuestro gobierno. Este era entonces desempeñado por el pte. del senado, don Atansio C. Aguirre, encargado del P. Ejecutivo, desde el 1º de marzo de dicho año por terminación del mandato legal del presidente Berro, y no poderse realizar elecciones generales a causa del estado de guerra en que se hallaba el país. La llegada del consejero Saraiva a nuestra capital el 6 de mayo de 1864, coincidió con la entrada al Río de la Plata de una fuerte división naval brasileña al mando del vicealmirante barón de Tamandaré y, con grandes preparativos militares en Río Grande y sobre nuestra frontera a cargo del nuevo comandante de dicha región, mariscal de campo Menna Barreto; una

aquel momento, y siguió siéndolo hasta comienzos de 1864, vale decir hasta el término del mandato constitucional del presidente Berro. Pero la actitud de neutralidad del gabinete imperial brasileño no podría durar mucho tiempo; factores internos y externos lo impulsarían a abandonar poco a poco aquella posición expectante, para intervenir decididamente en el pleito que se dilucidaba en nuestro territorio; haciéndolo primero por la vía diplomática y finalmente por la fuerza armada puesta al lado de la revolución contra el gobierno legal de la república. El pretexto de la intervención del imperio brasileño en la guerra civil oriental de 1863 a 1865 fué oficialmente formulado por intermedio de la misión encomendada en abril de 1864 al consejero don José Antonio de Saraiva como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante nuestro gobierno. Este era entonces desempeñado por el pte. del senado, don Atansio C. Aguirre, encargado del P. Ejecutivo, desde el 1º de marzo de dicho año por terminación del mandato legal del presidente Berro, y no poderse realizar elecciones generales a causa del estado de guerra en que se hallaba el país. La llegada del consejero Saraiva a nuestra capital el 6 de mayo de 1864, coincidió con la entrada al Río de la Plata de una fuerte división naval brasileña al mando del vicealmirante barón de Tamandaré y, con grandes preparativos militares en Río Grande y sobre nuestra frontera a cargo del nuevo comandante de dicha región, mariscal de campo Menna Barreto; una

y otra medida estaban destinadas ostensiblemente a apoyar las reclamaciones de que era portador el emisario brasileño ante nuestro gobierno.

¿A que debiose este cambio tan radical del imperio, que abandonando súbitamente su primera posición de neutralidad, adoptaba ahora esta actitud amenazante que ponía al gobierno oriental en la terrible disyuntiva de transigir bajo el apremio de la fuerza armada, o reclamar contra aquellos medios coactivos que lesionaban abiertamente nuestra soberanía? La respuesta puede hallarse en los términos de la nota presentada por el emisario Saraiva a nuestra cancillería el día 18 de mayo de 1864; en ella se hace hincapié en la no satisfacción por parte del gobierno oriental a las numerosas reclamaciones entabladas por el gobierno imperial con motivo de violencias contra súbditos brasileños residentes en nuestra campaña cometidas tanto por particulares, cuanto por los propios agentes administrativos y policiales; y para testimoniar esa de nuestro gobierno se acompañaba la referida nota con una extensa relación de las reclamaciones pendientes iniciadas por la legación imperial en Montevideo, que incluía 63 casos ocurridos desde 1852 hasta el año 1864. La nota brasileña pretendía justificar en esa presunta omisión por parte del gobierno oriental, la conducta de los súbditos residentes en el interior de nuestro país, que en número aproximado a los dos mil se incorporaron a las filas de la revolución florista "tan solamente en defensa de

su vida, honor y propiedades". Sin embargo y como es de suponer, las causas reales eran muy otras que las enunciadas en la nota del emisario Saraiva: [el territorio meridional de la provincia brasileña de Río Grande do Sul y los departamentos septentrionales del Uruguay, constituyen, aún hoy, una de las mejores zonas de pastoreo de Sud América. En la región situada dentro de la frontera uruguaya, se habían radicado unos 50.000 brasileños, comprando tierras y estableciendo estancias. Se inició un gran comercio con el Brasil y paralelamente surgieron diferencias forzosas con las autoridades uruguayas que intentaban controlar la exportación de ganado. El cuatrerismo fué la respuesta de los brasileños a las tentativas del gobierno oriental de vigilar y gravar este lucrativo tráfico. Los cuatreros naturalmente chocaban con las autoridades locales, produciéndose frecuentes colisiones armadas y los brasileños con todas sus desazones, buscaban la protección de los que se inclinaban a creer como "su propio gobierno". En vez de aceptar lealmente la jurisdicción del país en que estaban radicados, y donde habían invertido su dinero, se convirtieron con el tiempo en un elemento perturbador, que constantemente clamaba por la protección del Brasil, su patria legal. Es innecesario establecer que el imperio no se mostraba desafectado a explotar un motivo de intervención tan altamente moral. Las dos naciones eran herederas de los odios históricos entre españoles y portugueses, rivalidades mortales que se habían convertido en tradición y

hallaban su perpetuación indefinida, en las realidades de la pugna económica del momento. De este modo el imperio, al cabo de un año de expectante neutralidad ante la guerra civil oriental, contribuía a aumentar las dificultades internas y externas a que veíase enfrentado desde entonces nuestro gobierno, con la cual contribuía también —indirectamente primero, directa y abiertamente después— al triunfo de la revolución florista.]

• LA INTERVENCION MILITAR DEL IMPERIO

Recién a mediados de octubre de 1864 se protocolizó oficialmente, la alianza de Flores con el imperio mediante dos notas reversales por aquél y el barón de Tamandaré, respectivamente; no por su actitud revolucionaria —hecho frecuente en la historia del país hasta la segunda mitad del siglo pasado— sino por sus vinculaciones con el unitarismo bonaerense, y luego por la alianza formalizada con el imperio del Brasil, la conducta de Flores debió parecer a aquel gran artiguista que fué Leandro Gómez una tremenda abjuración de nuestro pasado histórico; conducta que estigmatizó con los más duros epítetos y dicterios contra el jefe revolucionario y sus aliados en las encendidas proclamas dirigidas a sus soldados. De ahí también su frecuente invocación a Artigas y a los "Treinta y Tres", con quienes sentíase consustanciado en aquella lucha que hacía revivir en su espíritu la "empeñosa lid" del Jefe de los Orientales entre los años 1816 y 1820 contra el centralismo bonaerense, y contra la invasión portuguesa pre-

parada en la corte de Río de Janeiro, y la gesta libertadora de los vencedores del Rincón, Sarandí e Ituzaingó. En setiembre de 1864, al dar cuenta de un triunfo obtenido contra los revolucionarios, escribía Leandro Gómez: "El coman-
" dante militar del departamento siente el vivo
" placer en comunicar a las tropas de su man-
" do tan importante acontecimiento, que unido
" a los ya ocurridos al frente de esta heroica
" ciudad, hacen esperar que los que han puesto
" en peligro la independencia sucumbirán para
" siempre, y esa misma independencia y las ins-
" tituciones de la república han de salvarse mer-
" ced al valor heroico, al valor sublime de los
" hijos del inmortal Artigas, fundador de la na-
" cionalidad oriental". Así considerada, adquiere su real significado y toda su grandeza épica la heroica decisión que condujo a Leandro Gómez y los valientes "Defensores de Paysandú" a la inmolación y a la gloria. El día anterior, Gómez, había emitido esta vibrante proclama: "¡Solda-
" dos del norte del río Negro! ¡Defensores de
" la independencia Nacional! ¡Ya lo estaís vien-
" do. Las aguas del río Uruguay en este puerto
" y en el de Paysandú se encuentran en estos
" momentos turbias por la presencia de las ca-
" ñoneras del imperio brasileño. Ellas pretenden
" imponer el bloqueo en los puertos de Pay-
" sandú y Salto, como un medio destructor de
" la riqueza nacional y como un elemento de
" vasallaje y de conquista, conque pretende el
" imperio dominar a la patria del inmortal Ar-
" tigas; a la patria de esos héroes que la his-

"toria gloriosamente denomina ya con el dictado de los «Treinta y Tres» y cuyos hijos somos nosotros; nosotros en cuyas venas circula la sangre altanera de nuestros antepasados, y en cuyas frentes hemos escrito con esa misma sangre ¡INDEPENDENCIA O MUERTE!"

Leandro Gómez vió con toda claridad el sesgo que tomaba la lucha en suelo oriental, así como el movimiento de fuerzas militares y navales brasileñas sobre nuestro territorio de que fueron acompañadas, no debieron dejarle dudas acerca de las ulteriores providencias que habría de adoptar el imperio. A partir del 20/10/864 comienza la colaboración efectiva de las fuerzas navales y terrestres brasileñas con las fuerzas revolucionarias orientales. Las mismas ascendían aproximadamente, a 2.500 hombres en su mayor parte de caballería, aumentando gradualmente y llegando a constituir un ejército de tierra de **4.500 hombres de infantería, 2.500 de caballería** y 12 baterías de campaña que, al mando del mariscal Menna Barreto, penetró por la frontera noroeste del territorio a fines de noviembre de 1864; a las que debe añadirse **12 naves de guerra brasileñas** que operaban en nuestras aguas jurisdiccionales a órdenes del barón de Tamandaré. Las fuerzas patriotas hallábanse distribuidas por distintos puntos del interior del país. La más numerosa, el Ejército de Reserva al mando del Gral. argentino Juan Saa (a) Lanza Seca, de 1.000 hombres de caballería y 500 de infantería operaba al sur del río Negro; la guarnición de Montevideo, compuesta de

2.500 hombres, las guarniciones de Salto y Paysandú, que sumaban juntas 1.000 hombres aproximadamente bajo el mando del coronel Gómez nombrado comandante militar al norte del río Negro; y las guarniciones de los restantes pueblos, que no alcanzaban a un centenar de hombres cada una de ellas. Las hostilidades fueron iniciadas el 7/9/864 contra el buque de guerra oriental "Villa del Salto" por parte de las cañoneras brasileñas respondiendo a órdenes del barón de Tamandaré, quien a partir de ese momento asume el mando supremo de las fuerzas imperiales que operaban en nuestro territorio. Todos estos actos provocaron no solamente la decidida reacción del coronel Gómez sino también la del gobierno y pueblo de Montevideo. A partir de aquel instante, la atención de uno y otro bando en lucha se concentró en torno a Paysandú, hacia donde convergían las fuerzas floristas auxiliadas por una división brasileña al mando del gral. Netto —que fuera uno de los más activos promotores de la intervención armada imperial— y por seis cañoneras de la escuadra del barón de Tamandaré que bloqueaban el puerto.

La villa de Paysandú contaba entonces con una población de alrededor de 17000 personas. En su no muy larga historia había soportado dos memorables sitios: en 1811 por las fuerzas portuguesas del Brasil que habían penetrado en nuestro territorio en auxilio de las autoridades españolas de Montevideo, sitiadas a su vez por las fuerzas orientales. La segunda vez había sido

18 años atrás, en diciembre del 46 durante el transcurso de la "Guerra Grande", cuando Fructuoso Rivera, gral. en jefe del "Gobierno de la Defensa" marchó sobre Paysandú defendida por el comandante Felipe Argentó adicto al jefe sitiador de Montevideo, gral. Oribe. Al cabo de tres días de cruento combate en que los defensores hicieron frente a las fuerzas de Rivera, auxiliadas por una cuadrilla francesa que bombardeó la villa desde el río Uruguay, la plaza fué tomada por los sitiadores. Cuando la guarnición sanducera, diezmada y sin municiones, se rendía a discreción del adversario, el comandante Argentó fué hecho también prisionero; al pedirle un oficial su espada la hizo pedazos contra un poste y luego la entregó diciendo: "¡La espada del jefe de estos valientes se en-
" trega como ellos han entregado sus armas!" En su parte al gobierno decía entonces el gral. Rivera: "Yo no encuentro expresiones para des-
" cribir este acto y en mi carrera de 34 años
" de combate debo confesar que me ha sor-
" prendido y admirado". De este temple eran también los jefes y soldados de la guarnición de Paysandú que al mando del coronel Leandro Gómez habrían de inmortalizar en 1865 el episodio sin par de la defensa de la villa "heroica" por antonomasia. Eran entre otros: el sargento mayor Carlos Larravide, encargado del estado mayor, argentino, emigrado a nuestro país después de la batalla de Pavón; el comandante de Guardias Nacionales, Pedro Rivero —que había protagonizado poco antes el episodio del va-

por "Villa del Salto" contra las cañoneras brasileñas—, era entonces jefe político y de policía del departamento, cargo en que había sucedido al activo y progresista coronel Basilio Pinilla muerto hacía pocas semanas; el capitán Federico Fernández, jefe de artillería de la plaza compuesta de cinco piezas de corto alcance más dos carronadas bajadas del "Villa del Salto"; el teniente Coronel Belisario Estomba —Sobrino carnal del soldado oriental, héroe de la independencia americana, coronel Belisario Estomba— era jefe del batallón de "Defensores de Infantería; el comandante Federico Aberastury era era jefe del batallón de infantería de "Guardias Nacionales" y el Cnel. Emilio Raña lo era del escuadrón de caballería del mismo cuerpo; el abnegado y filántropo Dr. Vicente Mongrell era el médico cirujano de la guarnición. En los primeros días de noviembre de 1864 habiéndose incorporado el comandante Juan María Braga con parte de la guarnición de Mercedes evacuada al caer ésta en poder de los floristas; y a fines de ese mismo mes lo había hecho el Cnel. Lucas Piriz natural de Concepción del Uruguay, con unos 300 hombres pertenecientes a la guarnición de Salto; a sus órdenes venía el Cnel. Tristán Azambuya, natural de Bagé, ex-combatiente "farrapo", acendrado republicano y, por tanto, animado por un profundo odio al régimen imperial existente en su patria. Con todos estos efectivos, la guarnición de Paysandú ascendía a unos 1000 hombres aproximadamente, entre jefes, oficiales y soldados de tropa, al co-

menzar el primer sitio impuesto a la Villa el 2 de diciembre de 1864 por las fuerzas floristas y brasileñas. Las defensas de la plaza eran deficientes. Consistían en pareder de barro, dotadas de troneras, que cerraban las bocacalles en un perímetro de doce manzanas desde el puerto hasta la plaza inclusive, teniendo por medio la calle Real (hoy 18 de Julio); delante de ellas a una distancia de dos varas aproximadamente, había de trecho en trecho unos parapetos de tablas clavadas sobre postes de madera, a menor altura para no obstaculizar el fuego desde las torneras; detrás de estos parapetos estaban las trincheras cavadas apresuradamente en el suelo, y por la parte exterior un foso de dos varas de ancho, quedando los centros de las manzanas sin más defensa que los tapiales y los muros de las casas. En el ángulo sudeste de la plaza, distante seis cuadras del puerto, habíase construido una batería en forma de torreón, de paredes de cal y canto de vara y media de espesor, con una explanada en forma de caracol para subir las piezas; esta batería fue denominada "Baluarte de la ley" y su mando fue confiado al comandante Braga. En el centro de la plaza se alzaba el primer monumento a la libertad erigido en el país siendo jefe político del departamento el cnel. Pinilla a quien la población debíale algunas de sus más notables construcciones, tales como el hospital, el mercado público, la iglesia aún sin concluir al comenzar el sitio, y la hermosa jefatura de estilo toscano (estos dos últimos considerados hoy monumentos históri-

cos nacionales). El primer sitio de la plaza comenzó el 2 de diciembre, haciéndolo por tierra las fuerzas de Flores auxiliadas por las imperiales al mando del gral. Netto, y por el río las cañoneras del barón de Tamandaré. El día siguiente el gral. Flores envió un parlamento a la plaza intimando su rendimiento, cuyo oficio devolvió el coronel Gómez con la siguiente nota al pie, firmada de su puño y letra: "Cuando sucumba".

El día 6, antes de la salida del sol, el gral. Flores rompió el fuego, y como a las 8 de la mañana sintióse una fuerte detonación hacia el lado del puerto. El cnel. Gómez que en aquel instante observaba con su anteojo los movimientos del ejército sitiador, preguntó a su ayudante: ¿Qué es eso? a lo que contestó el mayor Larravide que llegaba en esos momentos: "Son los brasileños, mi gral., que recién nos dan los buenos días". Durante ese primer día se arrojaron 2.500 bombas y balas de 60 libras sobre la villa desde las cañoneras imperiales. Un proyectil de éstas, disparado a las dos de la tarde, hizo saltar en pedazos el monumento a la libertad; el cnel. Gómez exclamó de inmediato: "Levantaremos nuevamente su estatua, sobre una pirámide hecha con las balas enemigas" y a renglón seguido ordenó a los comandantes de los cantones que pasado el fuego se recogieran con ese objeto todas las balas que encontraran. El bombardeo siguió durante tres días continuos. En los días siguientes se cambiaron algunos tiros entre avanzadas revo-

lucionarias y las de la plaza; el 20 de diciembre el gral. Flores se había replegado con su ejército sobre el arroyo San Francisco, a cinco leguas de Paysandú. La ciudad había quedado gravemente dañada; las casas agujereadas por los proyectiles, las rejas de las ventanas hechas pedazos, el piso de las calles lleno de hoyos y grietas producidos por el rebote de las balas de cañón y la explosión de las bombas y granadas. A partir de entonces el cnel. Gómez redactará sus oficios y proclamas con el siguiente encabezamiento: "Ruinas de Paysandú"... El rechazo de este primer ataque llevado a cabo sobre Paysandú, tuvo la virtud de enardecer aún más los ánimos de sus bravos defensores, aunque ¡sus bajas fueran numerosas: 500 hombres entre muertos y heridos; la mitad aproximadamente, de la guarnición de la villa! El gobierno resolvió entonces premiar el heroico comportamiento de los jefes y soldados de dicha guarnición, expidiendo el 11 de diciembre de 1864 el siguiente decreto que entre otras cosas establecía: "...Vista la heroica resolución de que
" han dado ya prueba los denodados defenso-
" res de Paysandú, resistiendo con gloria a la
" conquista brasileña en combinación con los
" imperialistas traidores a la nación. El presiden-
" te de la República acuerda y decreta: Art. 1º)
" Declaránse beneméritos de la patria a los de-
" fensores de Paysandú. Art. 2º) Acuérdase el
" grado de coronel mayor de los ejércitos de
" la república al jefe de aquella guarnición, co-
" ronel don Leandro Gómez. Art. 3º) Expídanse

" en oportunidad los decretos relativos a los
" honores y premios que deben acordarse a los
" jefes, oficiales y tropa que con tanta gloria
" defienden en Paysandú la independencia y
" dignidad de la nación." Dos días después, se
expide otro decreto conteniendo entre otros:
"El presidente de la República en uso de sus
" facultades extraordinarias, en Consejo de Mi-
" nistros ha acordado y decreta: Art. 1º) Declá-
" ranse rotos, nulos y cancelados los tratados
" de 12 de octubre de 1851 y sus modificacio-
" nes de 15 de mayo de 1852, arrancados vio-
" lentamente a la república por el imperio del
" Brasil." Y luego otro: "Deseando el Poder
" Ejecutivo que se dé cumplimiento de la ma-
" nera más solemne y pública, a lo dispuesto
" en decreto anterior, reunido en Consejo de
" Ministros ha acordado y decreta: Art. 1º) Pro-
" cédase a la extinción, por medio del fuego
" de los referidos tratados. Art. 2º) Desígnase
" para este acto el día 18 del cte. debiendo te-
" ner lugar en la plaza de la Independencia."
El domingo 18 de diciembre de 1864, al medio-día, se llevó a cabo en el lugar señalado la ceremonia de la destrucción por el fuego de los referidos tratados con la presencia de todos los integrantes del Poder Ejecutivo, miembros de la Junta Económico-Administrativa de la capital, empleados de la administración pública y un numeroso público que colmaba la plaza a los acordes del Himno Nacional, ejecutado por las bandas militares entre vivas al gobierno, a Leandro Gómez y a los heroicos defensores de Paysandú.

• LA TOMA DE PAYSANDU

El día de navidad de 1864 el ejército del gral. Flores volvió a aproximarse a Paysandú cuyo sitio inicióse formalmente al día siguiente. El 27 el vigía apostado en lo alto de la torre de la iglesia da aviso de que a lo lejos se distingue un ejército. El gral. Gómez cree que se trata, del esperado ejército de reserva, al mando del gral. Saa, que desde hace varias semanas había salido de Montevideo en auxilio de la plaza bloqueada; en su honor ordena hacer una salva de 21 cañonazos. Pocos instantes después el vigía distingue sus banderas: es el ejército brasileño desplegado en tres columnas que viene a incorporar a las fuerzas de Flores. "Pelea-" remos contra los brasileños y contra Flores", dijo el gral. no bien divisó las banderas enemigas. "Y si nos toca morir, aquí moriremos por " la independencia de la patria. Cada cual a su " puesto." Las fuerzas referidas las constituía el grueso del ejército imperial a las órdenes de mariscal Juan Propicio Menna Barreto, cuya vanguardia al mando del gral. Netto habíase reunido a Flores desde semanas atrás. El día 28,

por la tarde el jefe de Detall, mayor **Carlos Larravide, calcula las fuerzas de tierra brasileñas más de 6.000 hombres, que unidos a los 3.000 con que contaba Flores hacían más de 9.000 hombres** en total, **con 40 cañones** incluyendo varios rayados. **A éstas fuerzas hay que añadir las dotaciones de las cañoneras "Recife", "Belmonte", "Paranaiba", "Araguaí" e "Ivaí", compuestas de 500 hombres, con varias piezas de fuego de grueso calibre. La guarnición de Paysandú había quedado reducida a poco más de 600 hombres luego del sitio impuesto en la plaza en la primera quincena de diciembre de 1864,** y la artillería con que contaba eran dos piezas de hierro de 12 y una de bronce de 8, pues la de 6, desfogonada, sólo podía hacer uno que otro tiro a intervalos. El asalto a la plaza comenzó el 31 de diciembre de 1864 y terminó el 2 de enero siguiente con la toma de la misma. Algunos de los hechos más notables de este episodio sin par de nuestra historia, han quedado consignados en diversos relatos escritos por testigos o actores que sobrevivieron a aquella horrible hecatombre. Acaso el más notable de todos ellos, por su fluidez y objetividad —en la medida que pueda exigirse a quien tomó parte activa en la defensa—, es el "Diario" redactado por el capitán Hermógenes Masante que fué jefe de escolta del gral. Leandro Gómez en aquella memorable jornada. En la anotación correspondiente al 31 de diciembre expresa: "En " la madrugada de este día, aún faltarían 2 horas " para amanecer, el Detall, inició el toque de

diana que repitieron los cuerpos de la guarnición. Ya quiere aclarear. Los sitiadores echan diana. En este momento el jefe del Detall le dice al tte. Juan J. Díaz: «Ahora tte., junto con esa diana rompa el fuego». Hace Díaz el primer disparo y se le contesta con el fuego de treinta y tantos cañones de todo calibre, unos situados en Bella Vista y los otros en la cuchilla frente a la plaza. Nuestras piezas de bronce también hacen fuego. Las del enemigo son dirigidos únicamente al «Baluarte de la Ley» y a la iglesia así es que en la plaza cae un verdadero diluvio de balas. A pesar de la desproporción entre ambas partes, los cañones de la guarnición siguen respondiendo al fuego y nos envían cincuenta y de mayor calibre por cada uno de los nuestros." "Puede decirse que los enemigos nos están fusiliando a cañonazos, porque treinta y tantas bocas de fuego vomitan sus proyectiles contra nosotros." "El cañoneo sigue sin interrupción. A las diez de la mañana es derrumbada la torre al lado norte de la iglesia, causando algunas víctimas con sus escombros." "En algunas puntos de la línea los sitiadores llegan hasta la misma pared que nos resguarda pero son rechazados con grandes pérdidas dejando los cadáveres al pié de nuestros débiles muros. De tiempo en tiempo resuena una diana tocada por un clarín o tambor; es que hemos triunfado en alguna acometida parcial del enemigo." "A las 4 de la tarde el fuego es general y se pelea sin descanso en las líneas de la

" defensa Norte y Oeste." "Todo el armamento
" de la plaza consiste en fusiles de pistón y
" nos quedan pocos fulminantes. A fin de con-
" servarlos para un caso de más apremiante se
" ensaya hacer fuego con fósforos de Roche co-
" locando el mixto sobre el oído del fusil des-
" pués de cargado. El ensayo dá un resultado
" magnífico. El gral. mandó distribuir cajas de
" fósforos con la órden de no gastar un solo
" fulminante sino en circunstancias de tener que
" hacer fuego apresurado, o durante la noche
" que es más difícil colocar la cabeza del fós-
" foro sobre el oído del fusil." "La guarnición
" disminuye hora por hora, pero los que sobre-
" viven no desfallecen. La imágen de la patria
" los alienta y el ejemplo del valor y la tena-
" cidad de Artigas anda de labio en labio." "A
" las cinco de la tarde es herido mortalmente
" el gral. Lucas Píriz. Se le conduce a la casa
" de la flia. Menetiel para ser asistido. Este de-
" nodado jefe deja un inmenso vacío en la de-
" fensa; pero ni aún por eso desmayan los si-
" tiadores. El gral. Gómez está presente en to-
" das partes proclamando la guarnición y ex-
" hortación a vencer o morir. La bandera orien-
" tal que tremola en su mano derecha, es sa-
" ludada con hurras por los defensores." "Cierra
" la noche y los sitiadores reciben órden de res-
" ponder con un fuego lento al incesante y nu-
" trido de los sitiadores para no desperdiciar las
" municiones y asimismo para que puedan des-
" cansar un poco. ¡Descansar!" "Descansar de
" hacer fuego, pero no dormir, porque hay que

estar a pié firme y con el fusil al hombro pués el enemigo que se encuentra calle por medio, puede traer un nuevo asalto cuando menos se piense. Distribúyese a la guarnición como único alimento en todo el día, galleta y café con azúcar. El fuego continúa toda la noche sin interrupción." En su anotación del día siguiente, 1º de enero de 1865, expresa el capitán Masante: "Durante la noche los brasileños han levantado trincheras con bolsas de lana y otros materiales. En todas las casas que ocupan han izado la bandera del imperio." "La guarnición de la plaza está sumamente reducida apenas alcanza a cubrir los puntos más peligrosos de las trincheras; la mayor parte son escombros. Además se encuentra agotada de tantas fatigas, y sin comer ni dormir." "A la una de la tarde es muerto de un balazo de fusil el Cnel. Tristán Azambuya. Así, sin disminuir la pelea, viene la noche. La mitad de la guarnición ha quedado fuera de combate y por falta de gente no nos es posible enterrar nuestros muertos queridos. Duerman en paz al pié de los débiles y arruinados muros que con tanta valentía defendieron." A las nueve de la noche el gral. Gómez reúne en la Comandancia a la mayor parte de sus jefes. Luego de un prolongado cambio de ideas, se resuelve enviar esa misma noche una nota al gral. Flores solicitándole una tregua de 8 horas para recoger a los heridos y enterrar a los muertos. La nota suscrita por el gral. Gómez en la que se formulaba dicha solicitud sería remitida por inter-

medio del cnel. Atanasildo S. Saldaña, jefe adicto a los sitiadores que había sido tomado prisionero semanas atrás. En la madrugada del día 2 de enero salía el comisionado fuera de trinchera en dirección al campamento sitiador. Con esta débil esperanza terminó aquel trágico día de AÑO NUEVO de 1865. Y así llegamos al desenlace del drama: Paysandú enero 2 de 1865. En esta fecha anota el capitán Masante en su "Diario": "El sol viene saliendo. Media hora después
" muere de un balazo el comandante Pedro Ri-
" vero. El cnel. Píriz ha fallecido ya. Son las 7
" de la mañana, poco más o menos. Un segun-
" do después el gral. ordena que sea arriada
" de la torre la bandera punzó, señal de com-
" bate, y que se ponga una bandera blanca,
" mientras el cnel. Saldaña no regrese con la
" contestación. Pero la orden del gral. no se
" puede cumplir, pués las balas enemigas han
" cortado las drizas o cuerdas del asta que están
" volando a merced del viento. Entonces manda
" que se ponga bandera blanca en los cantones
" y que se suspenda el fuego, añadiendo de
" viva voz que si los enemigos se aproximan,
" se les intime la retirada, y que si no obede-
" cen que se les haga fuego. De esta orden mal
" interpretada, podrían aprovecharse los sitiado-
" res, como así ocurrió." Los hechos inmediatamente posteriores ocurrieron efectivamente así. Luego de izadas las banderas blancas de parlamento y hecho alto el fuego por los defensores de la plaza mientras se aguardaba el resultado de la gestión ante el gral. Flores, regresó el

nel. Saldaña del campamento sitiador con la respuesta. Esta se hallaba concebida en los siguientes términos: "Paysandú, enero 2 de 1865. Al señor gral. Leandro Gómez: Luego de la obstinada resistencia hecha por la guarnición de su mando, sin esperanza alguna de salvación, no puede hacerse lugar a la tregua que V.S. solicita en su nota de ayer que acabamos de recibir, no obstante los derechos de la guerra que invoca..." La respuesta venía suscrita por el Gral. Flores, como jefe del Ejército Libertador, vicealmirante barón de Tamandaré y el mariscal de campo Menna Barreto como comandante en jefe del ejército imperial. Los tres actuaban como comando unificado de las fuerzas sitiadoras de Paysandú. Los jefes brasileños no lo hacían, pués, como simples aliados auxiliadores a las órdenes del gral. Flores, sino a igual título y con la misma autoridad del jefe oriental imponiendo condiciones de rendición incondicional. El capitán Masante en su "Diario" expresa: "La verdad es que se ignora como entraron, creyéndose que se aprovecharon de la orden de no hacerles fuego, empleando también palabras de conciliación y fraternidad entre los orientales. Cierto es que como se ha dicho, no todos los puntos de la línea estaban últimamente bien guardados por falta de defensores. En algunos solo había un centinela al cual pudieron darle muerte o hacerlo prisionero. El resultado es que los sitiadores penetraron por una manzana, y cuando el gral. Gómez lo supo, ya se hallaban dentro de trin-

" cheras y en la calle Real. Desde este momen-
" to todo se vuelve confusión, en la plaza por
" haber sido cortados algunos piquetes nuestros.
" El gral. dispone que nuestras fuerzas se re-
" plieguen a la plaza; pero por el motivo ex-
" presado la orden no alcanza a darse a todos
" los puntos de la línea." Otros testimonios contemporáneos, aparte de aquellos emanados de las filas de los defensores de la plaza, son contestes en la aseveración de que la entrada de las fuerzas sitiadoras en Paysandú se produjo a favor de la confusión creada con motivo de la suspensión del fuego ordenada por el Gral. Gómez; ésta hizo creer a muchos de los sitiadores en un cese definitivo de las hostilidades lo que explicaría esas efusiones de conciliación y fraternidad ocurridas entre orientales de uno y otro bando. "Cuando el gral. Gómez leyó la nota
" de Flores y Tamandaré, mandó apresurada-
" mente al comandante Estomba a que ordenara
" a los jefes de trincheras que no dejaran pasar
" a ningún enemigo; pero ya doscientos de és-
" tos, estaban en la plaza dándose con nues-
" tros soldados el abrazo fraternal en medio de
" vivas entusiastas a los valientes de la guarni-
" ción y al gral. Gómez." Lo que ocurrió luego es fácil de comprender: ésta segunda órden del gral. Gómez, nunca pudo llegar a tiempo a los jefes de trincheras pués el comando defensivo dispuesto por aquél desde el primer día del sitio había quedado totalmente dislocado con la muerte del cnel. Lucas Píriz segundo jefe de la defensa de la plaza, ocurrida en la madrugada

de ese mismo día, herido de gravedad en la víspera; seguida de la del cnel. Tristán Azambuya, jefe de la línea Sur de cantones, herido también el día anterior; de la mortal herida del Cnel. Emilio Raña, jefe de la línea del Este, de cuyas resultas vino a fallecer al día siguiente de la toma de la plaza, el 3 de enero; y de la muerte del comandante Pedro Ribero, jefe de la línea Oeste, ocurrida pocas horas más tarde de la del cnel. Azambuya a quien había sustituído en el mando de su línea defensiva de cantones. A excepción del gral. Gómez, del comandante Aberasturi y del comendante José Ma. Braga, todo el cuadro superior de jefes de la guarnición de Paysandú, reducida a poco más de 200 hombres, había perecido en la desigual lucha. No es de extrañar, por consiguiente, que a favor de la confusión provocada entre los defensores de la plaza por causa de todos estos factores, los sitiadores, que habían denegado la tregua y continuado su fuego, hayan podido introducir más fuerzas dentro de la villa que aplastaron todo intento de desesperada resistencia por parte de aquellos. Los hechos ocurrieron así: el Gral. Gómez se encontraba dictando la nota-respuesta a los jefes sitiadores, cuando se presentó un comandante de las fuerzas brasileñas, rodeado de algunos oficiales, quien lo intimó a que se entregase prisionero. Este objetó que estaba contestando la nota del gral. Flores y almirante Tamandaré por la cual pedía condiciones para la entrega de la plaza. El comandante le contestó: "General Gómez, ya no

" hay tiempo para eso; yo le intimo se entregue " prisionero dándole garantías para su vida y la " de todos los oficiales y jefes que lo acom- " pañan." El gral. Gómez dijo entonces: "Bien " señor oficial, me entrego prisionero y solo pi- " do garantías para los valientes que me han " acompañado, en la defensa de la integridad " de la patria. Para mí no pido nada; quedo su- " jeto a las leyes de guerra." Salió de allí el gral. Gómez con un grupo de jefes y oficiales, custodiados por fuerzas brasileñas al mando del mencionado comandante que tuvo prelación en este hecho. Iban en marcha cuando se presentó el comandante Belén, pidiendo la entrega de los prisioneros, invocando órdenes del Gral. Flores y cnel. Gregorio Suárez. El Jefe brasileño se resistió al pedido, alegando que eran sus prisioneros de guerra. Estando en estas discusiones sobre el mejor derecho, uno y otro jefe se dirigieron al gral. Gómez, preguntándole de quienes prefería ser prisionero: si de los brasileños o de los orientales. El gral. Gómez impulsado sin duda por uno de sus tantos rasgos de patriotismo, contestó más o menos: ["Prefiero ser prisionero de mis conciudadanos, antes que " de extranjeros." A raíz de esta declaración, las huestes que acompañaban al comandante Belén se hicieron cargo de aquel grupo de valientes que iban a ser sacrificados, horas después.] La toma de la plaza fué seguida del saqueo de comercios y casas particulares, y del asesinato de prisioneros y hasta de heridos yacentes en el hospital, apuñalados, degollados y hasta mu-

tilados por los vencedores. Un [redactor del periódico entrerriano "el Uruguay" que entró en la desolada villa al día siguiente de su caída, escribía en dicha publicación con fecha 5 de enero de 1865: "He recorrido la ciudad. Es realmente un montón de ruinas y de cadáveres. El cuadro de desolación que ofrece es indescriptible.]" Los sucesos acaecidos en Paysandú causaron en las provincias argentinas próximas la más apasionada indignación. El sentimiento de Entre Ríos se sublevó contra brasileños, y Urquiza tropezó con las más grandes dificultades para impedir un levantamiento general en favor de la vecina república. El espectáculo de Leandro Gómez con un puñado de defensores teniendo a raya a 10.000 sitiadores y a la flota brasileña, levantó el espíritu de los "gauchos" como un toque de clarín.

La vieja antipatía nacional hacia el Brasil; los estrechos lazos políticos y económicos entre las tierras de una y otra banda del río Uruguay; la profunda desconfianza que inspiraban las miras del Brasil acerca de la independencia de su pequeña vecina; la sospecha idealista y republicana hacía la monarquía brasileña y su "institución peculiar" de la esclavitud negra, que hallaba eco en las volcánicas polémicas del gran Alberdi; todos esos factores contribuyeron a aunar la opinión argentina como en un haz, en apoyo del Uruguay, y el sentimiento crecía con cada día que se prolongaba la resistencia de Leandro Gómez, llegando a su culminación con la noticia de su atroz asesinato. La conducta del

imperio fué denunciada por aquellos pocos que podían hacerlo desde las páginas de algún diario bonaerense no adicto a la situación, que lo eran en su casi totalidad. Tal es el caso de Carlos Guido y Spano, quien en momentos en que las fuerzas imperiales avanzan sobre Paysandú había escrito con tono profético: "Hijo humilde " del pueblo, quiero dar mi voto, formular mi " protesta, señalar mi esperanza. Yo sé que en " estos momentos soy el eco de muchas almas " rectas, de muchos argentinos patriotas. Esto se " anima y me sostiene; si mi voz se pierde en " el desierto, otras más poderosas resonarán en " la falange de los hombres libres." Y luego de caída Paysandú, la ciudad heroica, publicaba esta otra bella página: "Consumatum est. ¡Pay" sandú ha caído! ¡Sus más nobles defensores " perecieron! No: Paysandú se ha eternizado; " esos héroes viven y vivirán perpetuamente en " el corazón de los hombres libres. ¡Ay! ¡Lágri" mas de fuego brotan del alma de los argen" tinos, al ver la ignominia de su patria, con" templando el sacrificio con las armas en pa" bellón y en una inercia cobarde! Llegan a " nuestros oídos los últimos gritos de los cam" peones denodados que caen al pié de su ban" dera vitoreando a la patria; escuchamos desde " aquí el alarido salvaje de los traidores y de " los esclavos festejando el triunfo sangriento so" bre un puñado de valientes; llegan hasta no" sotros los lamentos de las mujeres que lloran " la desolación de sus hogares. ¡Y como mu" jeres nos lamentamos en el oprobio y la im-

" potencia! Maldición contra los que enfrenan
" los nobles ímpetus del pueblo argentino. Trai-
" dores de todas las raleas tienen enlutada la
" bandera de la república. Ellos responderán de
" su conducta a Dios, a la patria y a la historia.
" Las páginas de oro se abren entretanto para
" recibiros a vosotros, ¡ho dignos republicanos
" que supisteis dar a la muerte el más sublime
" prestigio de gloria! LEANDRO GOMEZ, PIRIZ,
" ...La tierra regada por vuestra sangre gene-
" rosa, es un altar. Postrémonos ante ella. Pi-
" damos nobles inspiraciones a vuestra memoria
" venerable. Ejemplo a vuestra vida. Ejemplo a
" vuestra muerte." La defensa de Paysandú no es un galardón de partido; es una gloria oriental. Así ha sido considerada por hombres representativos de partidos políticos nacionales tan pronto como cedieron las pasiones enconadas de la lucha, dando paso al juicio sereno animado por el sentimiento patriótico.

Leandro Gómez y sus compañeros de epopeya aparecieron entonces no solamente como paradigmas del valor oriental, sino como cabales defensores de la soberanía nacional ultrajada y la independencia de la república amenazada por viejas ambiciones imperialistas que se remontan a los orígenes mismos de nuestra nacionalidad. Leandro Gómez venía a resultar así un héroe redivivo de los tiempos de la "Patria Vieja" en cuyas tradiciones abrevó su acendrado patriotismo; constantemente inspirado en el ejemplo de Artigas y en el de los "Treinta y

Tres", invocados de contínuo en sus escritos públicos y privados para tonificar aquella desigual por la "Independencia o Muerte". Nadie podrá remontar la corriente de nuestra historia contemporánea sin sentirse profundamente subyugado ante este ejemplo de virtud cívica, porque nunca se confió a más esforzado prócer el honor de la república, ni a brazo más robusto el ástil de su bandera.

Depósito Legal 247: 035 / 90
Impreso en Montevideo
C. P. CH. Abril de 1990
Edición del Autor.
18 de Julio 2247 / 1103
MONTEVIDEO — URUGUAY